

## DOS NIÑAS Y UNA MUÑECA

Esta es una historia de muñecas, de manera que los muchachos pueden pasar la página si desean. Pero por supuesto, si nadie está mirando, pueden seguir leyendo.

Ocurrió en el Perú, no hace mucho. En cierta estación misionera vivía una niña muy dulce llamada Jean. Era hija del misionero, y al regresar con su familia de su último viaje a su país había traído una de las muñecas más lindas que te puedas imaginar.

¡Qué muñeca! Era una de esas muñecas modernas que no sólo abren y cierran los ojos, sino que dicen "Mamá" "Papá", y además hacen muchas otras cosas. En verdad, era muy parecida a un bebé real, sólo que no hacía las monerías que ellos suelen hacer.

Por supuesto, las otras chicas estaban llenas de envidia. Las niñas se quedaban mirando, boquiabiertas, mientras Barbara -la muñeca - mostraba sus habilidades.

Una de las nenas de la vecindad, a quien llamaré Anita, estaba muy encantada con Bárbara, y en su corazón deseaba tener una muñeca exactamente como esa. Una y otra vez habló con su padre para pedirle que le comprara una.

- Papito -decía -, por favor, ¿me podrías conseguir una muñeca como la que tiene la hija del misionero?

-Creo que nunca podré hacerlo, hijita -decía el padre -, no tengo el dinero. Tomaría meses ahorrar lo suficiente como para comprar una muñeca como esa, y tenemos tantas otras cosas que comprar que será imposible.

Anita se sintió muy desanimada, pero se negó a aceptar que nunca podría tener una muñeca como Bárbara.

Entonces pensó en Jesús, y decidió contarle lo que preocupaba su corazón.

-Por favor, querido Jesús -decía-, tú sabes cuánto deseo una muñeca tan hermosa como la que tiene la hija del misionero. Si tú puedes darle una a ella, ¿no me podrías dar una a mí? Mi muñequita es tan pobrecita al lado de la de ella. Por favor, mándamela de alguna manera.

Así oraba y esperaba, pero la muñequita no aparecía por ningún lado. Su padre supo del motivo de sus oraciones y le pidió que no se chasqueara si no recibía respuesta. Era imposible decía él. Pero Anita siguió orando.

Un día le dijo a su padre:

-Sé que mi muñequita llegará pronto. Yo lo siento todo mi ser. Estoy segura de que viene. Creo que va a venir hoy... .

- No, mi querida, creo que no -dijo su padre-; es esperar demasiado.

En ese momento levantaron la vista y vieron a Jean, la hija del misionero, que venía hacia la casa trayendo a Bárbara, grande y hermosa, apretadamente entre sus brazos.

- Allí está -dijo Anita -. ¿No es hermosa? Quiero una exactamente como ésa.

Entonces oyó que tocaban a la puerta.

- Vine a ver a Anita -dijo Jean con una sonrisa celestial en su hermoso rostro.

Anita corrió a recibirla.

-Oh, Anita -dijo Jean -, todo el día he estado deseando verte. Sabes que le han pedido a Papá que regrese a nuestro país. Tenemos que irnos. Así que esta mañana estuve pensando en ti y . . .

eee. .. bueno, en Bárbara.

¿ Serás muy buena con ella si te la dejo?

- ¿Dejármela? -exclamó Anita -. ¿Me la dejas para mí? -Sí -dijo Jean -, para ti, sólo para ti.

- ¡Qué buena y amable eres!. – Dijo Anita-, pero...¿Y tú?

-Oh, me siento tan feliz de dártela, y Papá dice que algún día me comprará otra. . .

-Gracias, un millón de gracias -dijo Anita, estrechando, a Bárbara entre sus brazos.

Luego, alzando la vista hacia su papá, le dijo:

- Te lo dije, Papito. No era imposible. Yo sabía que Jesús iba a contestar mi oración. El siempre lo hace.